



REVISTA DE LIBROS

Relecturas

J. H. Hexter, *Reappraisals in History: New Views on History and Society in Early Modern Europe* (Chicago: The University of Chicago Press, 1961) y *On Historians: Reappraisals of Some of the Masters of Modern History* (Cambridge: Harvard University Press, 1979)*.

Quentin Skinner

Queen Mary University of London

Se ha observado que, a medida que los académicos envejecen y alcanzan mayor reconocimiento, tienden a escribir menos y a publicar más. Entre los historiadores, el profesor J. H. Hexter constituye un caso distinguido de este fenómeno. Ya en 1961 comenzó a convertir en libros artículos previamente publicados, cuando editó *Reappraisals in History: New Views on History and Society in Early Modern Europe*. Desde entonces no hubo forma de detenerlo. En 1971 reimprimió seis de sus ensayos generales sobre el oficio del historiador bajo el título *Doing History*. Dos años más tarde reunió sus escritos dispersos sobre pensamiento político renacentista en *The Vision of Politics on the Eve of the Reformation*. Y ahora su colección original de *Reappraisals* ha sido reeditada en una segunda edición con dos capítulos nuevos.

* Reseña originalmente publicada bajo el título “*Duellist*” en *The New York Review of Books*, 24 de enero de 1980. Disponible en: <https://www.nybooks.com/articles/1980/01/24/duellist/>. Traducción del inglés realizada por Matías Iglesias.

Hexter tendió a alejarse mientras tanto de la producción de artículos académicos convencionales y canalizó sus principales energías en la escritura de una singular serie de reseñas desmesuradamente extensas de obras de sus contemporáneos. La primera apareció en 1968 en el *Journal of British Studies*: nada menos que setenta y siete páginas sobre *Crisis of the Aristocracy*, de Lawrence Stone. A ésta le siguió, en 1972, un análisis aún más amplio del *Méditerranée* de Fernand Braudel en el *Journal of Modern History*. Y en 1977 llegó el estudio más breve —aunque todavía enorme, con cuarenta y ocho páginas— de *The Machiavellian Moment* de J. G. A. Pocock en *History and Theory*. Nunca dispuesto a desperdiciar sus palabras, Hexter reunió ahora todos estos textos (junto con otros tres de menor importancia) para formar una nueva colección historiográfica, esta vez titulada —o al menos creo que así se titula— *On Historians: Reappraisals of Some of the Masters of Modern History*¹.

Tomados en conjunto, estos dos nuevos volúmenes ofrecen una excelente visión general del terreno histórico que Hexter cultivó a lo largo de su carrera. Como puede observarse, trabajó sobre todo en tres campos conectados entre sí. Comenzó como estudioso de la Revolución Inglesa: su primer libro, publicado en 1941, fue un estudio de las maniobras políticas de comienzos de la década de 1640 titulado *The Reign of King Pym*. Nunca perdió interés por este período, al que recientemente se refirió como su “viejo y verdadero terreno”. Volvió a examinar estos problemas tanto en consideración a la obra de Lawrence Stone como en varios de los ensayos reimprimados en *Reappraisals in History*, incluido el más reciente de todos: un devastador ataque contra ciertas explicaciones actuales acerca de por qué estalló la Revolución Inglesa.

Después de esto, Hexter se lanzó a explorar el mundo más amplio de la sociedad y la cultura europea del siglo XVI. De allí surgieron su segundo libro —sobre la *Utopía* de Moro— y varios de los mejores y más constructivos ensayos de *Reappraisals*, entre ellos la original y brillante discusión sobre la educación renacentista y su significación social. Como el propio Hexter señala, el siglo

1 A Hexter le gusta adoptar un tono de leve sorpresa ante aparentes “fallos” o “rarezas”, para luego añadir una nota a pie de página explicando su desconcierto. El motivo por el que me desconcierta su título es el siguiente: si miramos la sobrecubierta, encontramos la versión que cité anteriormente. Pero si pasamos a la página del título, nos encontramos con un subtítulo diferente (y sin duda ambiguo). Allí, el libro se titula “*Reappraisals of Some of the Makers of Modern History*”. Y si pasamos a la introducción, descubrimos que el título mismo ha cambiado: Hexter lo llama “*Reflections on Historians*”.

XVI ha sido “el período histórico que más lo ha preocupado”, y esta preocupación sigue siendo visible en buena parte de sus trabajos recientes, especialmente en los ensayos sobre Pocock y Braudel.

Finalmente, Hexter siempre tendió a reflexionar, más allá de la tarea específica que decidiera afrontar, acerca de la naturaleza y las posibilidades de la evidencia y la demostración históricas. Esto también dio origen a un libro, *The History Primer*, publicado en 1971. Pero el principal resultado fue involucrarlo en un largo y feroz conflicto con los supuestos de la historiografía “científica” y marxista. Hexter sostuvo esta disputa con inalterable vigor y creciente violencia durante varias décadas, y en las páginas de sus *Reappraisals* resuenan continuamente los clamores de esa batalla. Ya en el comienzo del libro lo encontramos arremetiendo contra “toda la operación marxista” como un “marco stupidizante” que “degeneró en una pedantería estéril”. Cuando llegamos al Postscriptum final, su enfado ante la sola idea de organizar el estudio de la historia europea alrededor de “la declinación del feudalismo y el ascenso de la clase media” alcanza alturas verdaderamente impresionantes. No se trata simplemente de “una doctrina histórica insensata”: es “una molestia”, es “completamente trivial”, es “una manera ridícula de investigar el pasado”. Así concluye su alegato.

Si estos son los temas de Hexter, ¿qué cualidades aporta como historiador al investigarlos? Esencialmente, sus grandes habilidades son las de un duelista. Como Touchstone en *As You Like It*, es más feliz cuando puede “pelear por escrito según todas las reglas”². Se ofende rápidamente

2 [NdT] Personaje de *As You Like It* de William Shakespeare. En el acto V, escena IV, Touchstone pronuncia un célebre discurso en el que enumera satíricamente los distintos “grados” de la disputa verbal y el duelo caballeresco, a través de los cuales se abandonan progresivamente las formas de la cortesía y se ingresa en un combate abierto: el *Retort Courteous*, el *Quip Modest*, el *Reply Churlish*, el *Countercheck Quarrelsome*, el *Lie Circumstantial* y finalmente el *Lie Direct*. La escena parodia tanto los códigos aristocráticos del honor como las casuísticas retóricas destinadas a regular el conflicto. Skinner retoma esa clasificación para caracterizar el estilo polémico de Hexter. Véase la edición de Agnes Latham, del Arden Shakespeare, de *As You Like It* (Londres/Nueva York: Routledge, 1975). El persistente interés de Skinner por el uso de la tradición retórica clásica en las obras del bardo se vio finalmente cristalizado más de dos décadas después en su libro *Forensic Shakespeare* (Oxford: Oxford University Press, 2014). Este libro, como señala Skinner en la Introducción, forma parte de una serie más amplia de trabajos dedicados a comprender el lugar del *ars rhetorica* en la historia de la cultura renacentista. La serie incluye el segundo volumen de *The Foundations of Modern Political Thought* (Cambridge: Cambridge University Press, 1978), donde Skinner se dedicó a rastrear la reaparición de las ideas romanas acerca de la retórica en las ciudades-estado de la Italia renacentista y la influencia que ejercieron sobre la esfera pública, y el segundo volumen de *Visions of Politics* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), donde examinó la forma en la que la enseñanza de la retórica comenzó a ser cuestionada y desacreditada a lo largo del siglo XVII.

ante la menor falta académica y disfruta lanzando desafíos a cualquiera que se cruce en su camino. Además, cuando llega el momento del combate, su esgrima verbal es insuperable, al menos en enfrentamientos breves. Y, puesto que no ignora su propia maestría, siempre insiste en luchar hasta el final.

¿Cuáles son entonces las técnicas particulares de Hexter como duelista verbal? Curiosamente, guardan una estrecha semejanza con aquellas que Touchstone disecciona en su célebre discurso. Es cierto que Hexter tiene poco talento para el primer grado del enfrentamiento verbal, el *Retort Courteous*. Pero es profundamente adepto al segundo, el *Quip Modest*. De hecho, la figura retórica favorita de Hexter es el uso humorístico de la meiosis y la litotes, recursos a los que recurre una y otra vez. Así, por ejemplo, nos alerta acerca del tratamiento descuidado que R. H. Tawney hace de las citas observando que, si queremos comprender lo que alguien está diciendo, “parece pertinente prestar alguna pequeña atención al contexto”. Descarta la idea de Hiram Hayden de un Contrarrenacimiento señalando que cualquier intento “de revivificar el concepto de Renacimiento comenzando por arrancarle el corazón probablemente quede un poco por debajo del éxito completo”. Y fundamenta su “nuevo marco para la historia social” en un contraste entre los marxistas y los “*working historians*”, elogiando a estos últimos por percibir “alguna pequeña virtud en un plan de trabajo que coloca la conclusión al final y no al comienzo de una investigación”.

En ocasiones, Hexter se permite caer en el siguiente y menos amable grado de la disputa, el *Reply Churlish* (véase, por ejemplo, su intempestivo ensayo sobre Christopher Hill, reimpresso en *On Historians*). Pero por lo general —y de manera mucho más interesante— pasa directamente al quinto grado, el *Countercheck Quarrelsome*. Lo que le gusta hacer es tomar una generalización ya formulada en la obra que examina y someter los datos supuestamente destinados a sostenerla a un análisis ulterior. El resultado, en general, no es reforzar la hipótesis original, sino más bien socavarla y refutarla de una manera profundamente desconcertante.

Hexter utiliza este procedimiento contra Lawrence Stone, contra Christopher Hill y especialmente contra R. H. Tawney, a quien desarma de la manera más aterradora en el curso de

su más célebre “reevaluación”, el ensayo titulado *Storm over the Gentry*³. Tawney había sostenido que, a lo largo del siglo previo a la Revolución Inglesa, los mayores terratenientes aristocráticos sufrieron fuertes pérdidas frente a una nueva clase de *gentry* en ascenso. Para apoyar esta tesis tomó una muestra de quienes poseían diez o más mansiones señoriales en la década de 1560 y mostró que sus pérdidas totales hacia 1640 ascendían a un tercio de todas sus propiedades. Pero, como señala Hexter, Tawney incluía dentro de esta clase a la figura algo anómala del rey. ¿Qué sucede, se preguntó Hexter, si evaluamos nuevamente las estadísticas de Tawney excluyendo simplemente a este único y bastante inusual “terrateniente aristocrático”? La respuesta es que las pérdidas del conjunto de la clase descienden del treinta y tres por ciento a la mitad del uno por ciento. Hexter vuelve entonces al *Quip Modest* para administrar el golpe de gracia: “Difícilmente un presagio”, escribe, “de una catástrofe económica inminente”.

Pero, por encima de todo, Hexter se deleita con lo que Touchstone llama el grado último de la disputa: ofrecer al oponente el *Lie Direct*. Como el propio Hexter lo expresa, pertenece a esa clase de historiadores a quienes les gusta “llevar en la cabeza listas de excepciones a casi todas las reglas con las que probablemente se encuentren”. Es, en efecto, un maestro del contraejemplo letal, capaz de atravesar estructuras teóricas enteras, sin esfuerzo aparente, con una súbita estocada de erudición.

El primer ensayo reimpresso en *Reappraisals* ya lo muestra en pleno dominio de esta técnica. Comienza con una historia tradicional acerca de la Revolución Inglesa. Se solía decir que los “independientes” arrebataron el control de la política inglesa de manos de los moderados

3 [NdT] “*Storm over the Gentry*” es, además, el nombre con el que se conoce la *cause célèbre* desarrollada principalmente entre las décadas de 1940 y 1950 en torno a los orígenes económicos y sociales de la Revolución Inglesa. El debate, como señala Skinner, se originó a partir de la tesis de R. H. Tawney, según la cual, entre finales del siglo XVI y comienzos del XVII, la aristocracia tradicional inglesa habría experimentado un relativo declive económico frente al ascenso de la *gentry*. Tawney vinculó este proceso con las transformaciones políticas que desembocaron en la Guerra Civil. La hipótesis fue posteriormente retomada y reformulada por Lawrence Stone, quien insistió en el debilitamiento económico y político de la aristocracia durante el período previo a la revolución, y cuestionada por Hugh Trevor-Roper, quien objetó la caracterización de la *gentry* como un grupo social homogéneo. Las ideas de Trevor-Roper acerca de este grupo fueron igualmente objetadas, sin embargo, por Christopher Hill y Perez Zagorin poco tiempo después. El ensayo de Hexter, publicado originalmente en 1958, constituyó una de las críticas más influyentes tanto a la interpretación original de Tawney como a la alternativa propuesta por Trevor-Roper. Para una recomposición adecuada del debate, véase R. C. Richardson, *The Debate on the English Revolution* (Manchester: Manchester University Press, 1998) cap. 7.

presbiterianos en 1648. Tras expulsarlos de la Cámara de los Comunes, condujeron a la revolución a una conclusión completamente distinta: ejecutaron al rey en 1649, abolieron la Cámara de los Loes y proclamaron el nacimiento de la república. La división política fundamental sería, por lo tanto, la existente entre presbiterianos e independentistas. Pero el problema de esta interpretación, como muestra Hexter, es que incluso si nos limitamos a los doscientos exponentes más radicales del independentismo, descubrimos que casi una quinta parte de ellos resultan ser ancianos de la Iglesia Presbiteriana. Los dos grupos supuestamente opuestos se superponen en realidad de manera bastante extensa. Resumiendo las implicaciones, Hexter vuelve, como de costumbre, al *Quip Modest*: el hallazgo, sugiere, “posee cierto valor destructivo”.

Exactamente la misma técnica es utilizada en otra de las influyentes “reevaluaciones” de Hexter, su ensayo sobre “El mito de la clase media en la Inglaterra Tudor”. El mito sostiene que algo sin precedentes ocurrió en la estructura de la propiedad territorial inglesa a lo largo del siglo XVI: una nueva clase de hombres de negocios prudentes y despiadados ascendió para desplazar a la nobleza tradicional. Sin embargo, Hexter no tiene mayores dificultades para demostrar que “retrocediendo a través de los siglos, hasta donde los registros nos permiten llegar”, encontramos aristócratas derrochadores y comerciantes advenedizos: unos vendiendo sus tierras, los otros comprándolas. Pero el mito sostiene todavía algo más: afirma también que un nuevo espíritu comercial, junto con un nuevo enfoque de la administración de las propiedades, fue aplicado por primera vez a la tierra por los propietarios mercantiles de la época Tudor. Volviendo nuevamente al ataque, Hexter demuestra entonces que todas estas actitudes y técnicas son anteriores al siglo XVI y que la mayoría de ellas fueron practicadas con la mayor dureza y éxito no sólo por los nuevos propietarios de clase media sino también por algunos de los más grandes aristócratas de los siglos XIV y XV. Asistimos, una vez más, a la disolución de toda una teoría. O, como Hexter lo expresa de manera más memorable, descubrimos que un concepto que visto desde lejos parece de oro macizo resulta ser, observado de cerca, mera manteca derretida.

Además de ser un historiador de penetración excepcional, Hexter es también, en cierta medida, un moralista, dotado de un ojo agudo para detectar algunas de las pretensiones absurdas de la vida académica. Una de las devociones convencionales que evidentemente disfruta cuestionar es la idea de la dignidad de la historia y la tendencia concomitante a escribir obras de

erudición histórica en una prosa completamente pesada, pomposa y sin imaginación. El propio Hexter escribe con una lucidez infalible, pero también con una sutil capacidad alusiva y una amplia variedad de efectos retóricos. Al mismo tiempo, sin embargo, le gusta cultivar un tono deliberadamente jocosos, incluso vulgar, reprendiéndoles implícitamente a sus colegas menos ágiles su excesiva solemnidad. Así, habla de los conflictos ideológicos de la Revolución Inglesa como un “*hang up*” y señala en particular que el concepto de legitimidad política estaba “*up for grabs*”. Se queja de que algunos de los teóricos políticos discutidos por Pocock son “*pretty small potatoes*” y procede a comparar a uno de ellos con Bugs Bunny. Dice de un desafortunado historiador que su mente está “*full of junk*” y de otro que sus teorías “*not going to make it in the big time*”. Se trata, sin duda, de clichés, pero sugieren que Hexter pretende reevaluar tanto el estilo del discurso histórico como sus estándares argumentativos.

Más seriamente, a Hexter también le gusta recordarnos las deshonestidades habitualmente perpetradas por quienes escriben artículos académicos y luego los convierten en libros. Primero está la tentación de fingir un dominio completo de todas las fuentes relevantes. Hexter se resiste a ello de la manera más enfática. Prefiere decirnos que una de sus críticas a Lawrence Stone se basa apenas en una “lectura bastante extensa, aunque desordenada”, y que uno de los puntos que plantea contra Christopher Hill se funda en “una mirada bastante apresurada sobre las fuentes más evidentes”. Luego aparece la insidiosa tentación de sostener, al reunir una colección de artículos, que incluso los fragmentos más dispersos pueden mostrar algún tipo de unidad subyacente. Nuevamente, Hexter resulta excepcional en su disposición a burlarse de este fraude convencional antes que adherir a él. Insiste, en su introducción a *On Historians*, en que la única unidad que puede discernir fácilmente en sus propios ensayos es que los académicos que discute “son todos hombres” y las obras que analiza “están todas escritas en prosa”.

Lo más saludable de todo es la continua disposición de Hexter a reducir cualquier tendencia a la autocomplacencia. No vacila en citar el embarazoso prefacio en el que Fernand Braudel elogia su propio libro sobre el Mediterráneo como una obra clásica. Y consigue construir una sátira imperturbable de las obsesiones de Braudel y de la escuela de los *Annales* en su conjunto, además de ofrecer una serie de ilustraciones cómicas de lo que él llama suavemente su tendencia a emitir “declaraciones corporativas de autoelogio”. En contraste, él mismo parece no sentir gran

necesidad de proteger su ego y, en consecuencia, aparece en las páginas de sus libros como una personalidad sumamente atractiva y modesta. No tiene el menor inconveniente en decir que uno de sus ensayos le parece “errático” y otro “bastante verborrágico”. Y nos cuenta alegremente cuáles de sus artículos fueron originalmente rechazados por las revistas a las que los había enviado. Hace falta mucha confianza, desde luego, para alcanzar este grado de humildad, pero es precisamente la clase de confianza que los historiadores de la escuela de los *Annales* harían bien en intentar adquirir.

El Hexter moralista, sin duda, es un personaje cálido además de sensato. ¿Pero qué ocurre con el Hexter duelista? ¿No es acaso una fuerza demasiado salvaje y destructiva como para resultar admirable? Ciertamente, hay algo poco atractivo en su hábito profundamente arraigado de concentrarse tan implacablemente en las manchas de la erudición ajena. Pero también existe una defensa posible. Seguramente es importante que al menos algunos miembros de la profesión histórica se dediquen a dificultarles a los demás decir disparates. El propio Hexter plantea este punto en el único pasaje de *Reappraisals* donde se acerca a ofrecer una justificación explícita de su propia aproximación a la historia. Expone su credo con su habitual tono bromista, pero lo que dice, como de costumbre, merece reflexión:

En una generación académica un poco demasiado adicta a la *politesse*, quizá valga la pena decir que la destrucción violenta no es necesariamente inútil o frívola por sí misma. Aunque deje dudas acerca del camino correcto hacia Londres, ayuda que alguien arranque, por violentamente que sea, un cartel que diga ‘A Londres’ colocado en los acantilados de Dover y apuntando hacia el sur.

Ayuda, en efecto. Y por eso la contribución de Hexter a su disciplina ha sido tan valiosa.